

UN RASTRO EN LA ARBOLEDA

(Anfidamante)

Hay un rastro en el mar de sal y viento
y un húmedo latido entre la tierra.

Hay un rastro dorado en el aliento

del bosque, en los espacios de la sierra,
entre el fresco rumor de la arboleda.

Y un halo de misterio que se cierra

con cada atardecer en la vereda
desgranando el silencio, en sus retazos,
pinceladas de verde rosaleda.

Los jirones de nube en sus abrazos
quisieran deshacer los pensamientos
que exhalan hondonadas y ribazos.

¡Ese tenue algodón de firmamentos
que envuelve los paisajes con cadencias
de amor, ese anhelar, esos momentos

de capturar del aire, en sus ausencias,
la vastedad callada del desierto,
de las olas del mar, las recurrencias,

y los tonos de luz que abren el puerto;
la exuberancia antigua y olvidada
de las selvas; y el ánimo despierto

que te siente y te sabe en la alborada,
el pulso secular de la certeza
que vuela entre los álamos, alada,

como alada es tu flor, Naturaleza!.

¡Ese sentir del pecho como fuego,
como ansia de ahondar en tu belleza,

es tu rastro que vibra en mí y que luego,
como el mar que desborda mis mareas,
me invita a descansar en tu sosiego!

Te agradezco este mundo que recreas

Madre Naturaleza portadora
de divinas semillas. ¿Qué odiseas

quisieran los arroyos de la aurora,
narrar en sus orillas cristalinas
al caminante esquivo que te adora?

Doy gracias al ocaso que iluminas,
heraldo del fulgor de las estrellas,
del rubor de galaxias diamantinas

que arrebolan su luz en epopeyas
de pétalos violetas y rosados,
que me hace presentir las viejas huellas

de planetas y soles exiliados.

Le doy gracias al alba que despierta
los perfumes y aromas olvidados.

¡Gracias Madre por darme de tu huerta
el fruto de la noche tentadora,
por darme de tu copa el agua cierta!

¡No me aflojes tu abrazo que enamora,
no me niegues tus besos que me anegan!

¡Que no acabe el deleite de esta hora

ni el fluir de tus ríos que me riegan
los jardines del alma, ni las notas
de música de amor que se me entregan

desde el cielo profundo, desde ignotas
regiones más allá de esta ribera!

¡Que me embriagua el licor de dulces gotas

del rocío que baña tu pradera,
de la escarcha que brilla en tu mañana.

Que no sea tu gozo una quimera!

Dame Madre a beber la luz que mana
de montañas azules, la belleza
de las cumbres que miran tu ventana.

La mística alborada a la que reza
cada forma del valle y del otero,
cada flor que renace en la maleza.

Dame tú, Madre Tierra, el verdadero,
el eterno elixir de tu querencia,
los paisajes en gris del mes de enero,

de dorados otoños, tu presencia,
la tormenta y la lluvia sosegada
que desangran tu piel en turbulencia

de torrente y barrancos. ¡Dame, cada
nuevo día, un abril con un poema
que quiero evaporarme en la enramada

de generosos pinos, que me quema,
que me arde en los pulmones la fragancia
de azucenas y lirios, la suprema

quietud del horizonte en la distancia,
que quiero confundirme con la seda
de tu estela en el mar, con la sustancia
de tu rastro de amor en la arboleda!.